

DE ADEN A SUEZ.



Artículo publicado

EN EL PLATA CIENTIFICO Y LITERARIO.



BUENOS AIRES.

Imprenta de MAYO, calle de Belgrano N.º 86.

1855.

De Aden a Suez.

La Inglaterra siempre infatigable en sus designios y nó contenta con las vastas y ricas posesiones de la India, impelida por ese espíritu previsor y de conquista que marca constantemente sus pasos y que la hace reflexionar y pensar con mas calma que á toda otra nacion en el porvenir, pié-lago inmenso, arcano insondable, en cuyas tinieblas no puede penetrar la humana inteligencia sin esponerse á zozobrar; dirigió no ha muchos años su mirada codiciosa sobre el litoral de la Arabia, que bañan las aguas del Mar Rojo y las del Golfo de aquel nombre. En el acto comprendió las inmensas ventajas de establecer en algun punto de la costa de esas desiertas regiones una colonia militar que sirviéndole de avanzada á sus dominios del Indostan y de Bengala, sirviese tambien como de palenque á aquel mar, cuyo señorío hoy posee. El argumento mas elocuente que emplea la Inglaterra, para obtener del débil, aquello que despues de largas y maduras reflexiones, se convence será algun dia de alta importancia á su política y á su comercio, son sus cañones, y si estos no bastan, no omite sacrificios para conseguir

sus fines; tales medios son los que ha empleado para fundar una colonia militar en la pequeña península de Aden ó Jibbel Shamsam, cuyas escarpadas rocas han sido teñidas de sangre inglesa mas de una vez. El indómito musulman, no puede ver con indiferencia que se apoderen de su mas precioso patrimonio, y los ingleses encuentran en ellos, no la debilidad y la inercia de los indios, sino la fanática heroicidad del mahometano, que resiste mas por espíritu religioso, que por sentimiento patrio.

Pero, parece que la suerte de los pueblos infieles, está escrita en el gran libro de la divinidad cuyos decretos han de cumplirse infaliblemente; parece que careciendo de verdad sus principios fundamentales, sus instituciones sociales no son bastante sólidas para prolongar su existencia política, y que deben ser absorbidos por los pueblos que se sienten animados por las verdades evangélicas, grandioso é inmóvil pedestal sobre el que reposan las naciones mas poderosas hace largos siglos. En esto conviene la sana filosofía, y la historia lo confirma elocuentemente. El cristianismo hace sentir su influencia diariamente, introduciéndose en los lugares mas recónditos de la tierra: en la ciudad y en el desierto y hasta en las selvas mas espesas, su fuerza regeneradora la sienten todos los hombres que lo profesan, y su corazón lleno de fé y de esperanza abandona ese fatalismo desesperante que engendran las falsas creencias.

A costa pues de algunos sacrificios, la Ingla-

terra tiene hoy las llaves del mar Rojo, dentro de las murallas de Aden, donde he pasado algunas horas solitarias; pero que han dejado en mi corazón un recuerdo tan grato, como el que dejan las horas que entregados á la meditacion, pasamos en medio del sosiego y tranquilidad de un bosque umbrío.

A trescientas setenta y cinco millas al Oeste del cabo Guardafuí, se halla la pequeña península de Aden unida á la tierra de Arabia, por una garganta de arena, cuyas partículas se levanta por los aires en densos torbellinos, al menor soplo de viento, cambiando así de lugar cual las olas del mar, su direccion y su figura. Muy cerca estábamos de la costa y las chimeneas del vapor apenas arrojaban algunas bocanadas de humo, las ruedas giraban tan lentamente que podia contarse su acompasada rotacion; cuando repentinamente todos los pasajeros oimos el ruido de una cadena, acompañada de un rudo estremecimiento, que nos anunció habíamos fondeado. Estábamos á tiro de fusil de la costa. ¡Vosotros, los que habeis abandonado la cara patria, para surcar, las aguas agitadas del anchuroso Océano, comprendereis perfectamente cuanta sería nuestra ansiedad por saltar á tierra! Apenas habia el ancla tocado el fondo pedregoso de las transparentes y verdosas aguas de *Back Bay*, y ya infinitas embarcaciones rodeaban el vapor; entonces se trabó un reñido combate entre ellas; pues cada una se creia con

iguales privilegios para atraocar primero á la escalera de desembarco.

En medio de la gangolina que armaban y de los gritos punzantes que daba una multitud de *Somaulees* (1) que habian venido á nado desde tierra á pedir *Boxiesh*, (2) varios pasajeros y yo saltamos en una de las embarcaciones que nos pareció mas segura. La especie de canoa en que íbamos se deslizaba con bastante lijereza y sin embargo llevábamos de un lado y otro un enjambre de negros nadando con tanta velocidad que mas parecian monstruos marinos de esos que pinta la fábula en sus caprichosas descripciones, que seres de nuestra especie. De cuando en cuando les arrojábamos algunas monedas de plata ó cobre y en el acto todos zambullian con la agilidad de una tonina, para buscarlas en el fondo; poco tardaban en su submarina investigacion y luego volvian á aparecer sobre la superficie del agua, apretando fuertemente su tesoro con los dientes y sacudiendo llenos de júbilo sus salvajes cabezas, que cubiertas de una larga melena rojiza, como zahumada en oro, parecian verdaderamente ideales. ¡Cuánto las habria admirado Rafael, tan aficionado á esa clase de cabellos! Su exaltada fantasia no habria necesitado lanzarse á las regiones del idealismo para buscar un tipo que sirviese de modelo á esas subli-

(1) Somaulees, casta de negros africanos que vienen á buscar trabajo á Aden.

(2) Boxiesh. Voz que significa limosna, usada en toda la India, Arabia, Egipto y Turquía.

mes creaciones; gala y adorno de los museos que los poseen y que cual los monumentos de un país hablan de la grandeza y poder de las generaciones que los vieron elevarse, revelan al mundo entero el jénio y talento del divino pintor.

Pocos instantes tardamos en llegar á tierra, donde nos esperaba una buena porcion de árabes con caballos y borricos de alquiler. En este país de sol y de arena, como en todas las demas colonias inglesas de la India no se necesita pasaporte ni para entrar ni para salir, así fué que luego que desembarcamos, todos montamos unos en caballos y otros en borricos y echamos á correr á lo largo de la costa del mar, pero sin direccion ni rumbo; los árabes nos seguian á la distancia gritando *¡ja hha-wágeh! henne! men henne!* (1) pero nosotros no entendíamos y mas que todo nos sentíamos tan libres en tierra, que corríamos para desahogarnos. Nada hay mas fastidioso para el viajero que las largas travesias, y nada mas cansado y monótono que las horas del pasajero á bordo: despues de ocho dias de reclusion le parece que no hay espacio bastante y que tiene que sofocar hasta sus mas íntimos suspiros. Nosotros especialmente, hijos de las llanuras, necesitamos expansion, no podemos vivir satisfechos dentro de tan estrechos lindes; limitarnos es matarnos: asi es que cuando al fin de una larga navegacion nuestros ojos contemplan la nueva patria que vá á servirnos de asilo,

[1] Por acá, este es el camino, señor.

aunque el corazón se siente oprimido por la reminiscencia del suelo natal, sentimos empero, una alegría indefinible. ¡Feliz el viajero que recorre los países donde no hay una policía importuna que lo detenga en su rápida carrera, para saber quién es y á donde vá y hacer su caricatura en una filiación inexacta, que tanto contribuye al sosiego del estado, como el viento Pampero al buen resultado de la cosecha del té en la China.

Aprovechándonos pues de esas franquicias que brinda á todos los países y á todos los individuos, esa nación altamente civilizada, recorriamos á galope los bordes de Jibbel Shamsam atropellando y llevándonos por delante cuanto encontrábamos y repitiendo:

“Away, away, and on they dash
Torrents, less rapid and less rach,”

hasta que dimos con una de las puertas de la ciudad horadada en la montaña. Una fuerte guardia y un cañon servíanle de portero: como las tribus nómadas del desierto, suelen hacer frecuentes incursiones, se observa siempre la mas ríjida vigilancia, y como se teme una invasión bajo el disfraz de una caravana, se examina con ojo atento é investigador á todo el que entra y sale y las puertas se cierran cuando los rayos del sol empiezan á empalidecer.

Era la tarde, esa hora tan deseada bajo el cielo de los trópicos, cuando nuestra cabalgada atra-

vesaba la bóveda espesa de la via subterránea que conduce hasta las solitarias cercanías de la ciudad, y cuando llegamos á las puertas del Hotel, situado en una de las calles mas transitadas, la noche desplegaba su negro manto, dando á todo un colorido romántico y sombrío. En los pueblos orientales es costumbre inmemorial recojerse temprano, asi es que apenas eran las ocho de la noche y yacia todo en el mas profundo silencio; solo se oian de cuando en cuando los lastimeros aullidos de la hambrienta adiva y el agorero graznido de las aves de rapiña, que habitan las escabrosidades de la montaña. El cielo estaba apacible y sereno, la pálida luna que apenas mostraba su disco color de plata, y el centelleo de algunas lejanas estrellas, iluminaban suavemente los balcones de mi habitacion, dando á mis fugitivos pensamientos un tinte de enervante melancolia.

Estaba solo, y la soledad tiene para mí un no-sè-qué de solemne. Tanto quietismo me encantaba y recostado en una inmensa cama, la imaginacion se abandonaba á la mas embriagante recordacion.

Cuándo recorremos las bellas regiones de la fantasia, las horas parecen acelerar su curso y el tiempo pasa rápidamente, así es que cuando al dia siguiente me despertaron los fúlgidos destellos del sol, que entraban por mi ventana me pareció que la noche habia sido estremadamente corta. ¡Cuán grato es el recuerdo de esos momentos de desvario!

“Dicha es soñar y en el mundano ruido
“Vivir soñando, y existir dormido.”

Como mi permanencia debía ser muy corta, luego que la luz del día, estinguendo las sombras de la noche, hubo despejado mi cabeza, formé el proyecto de visitar el país, y al efecto me reuní á varios otros viajeros. Formábamos un grupo interesantísimo; en él se hallaban reunidas diversas nacionalidades y hombres tan eminentes como Sir James Brooke, ese atrevido inglés *Rajá de Sorawa* (1) y como Monseigneur Valdez obispo francés, misionero audaz cuyo celo religioso le habia inspirado valor suficiente para ir á predicar el Evangelio en medio de los salvajes mas feroces. ¡Qué bella religion la que convierte los hombres en héroes, y cuánta abnegacion y grandeza debe haber en esas almas fuertes, que renunciando á todo y á costa de su vida, van á propagar las verdades eternas á las regiones mas remotas! El mundo los venera y sus nombres serán repetidos con admiracion y respeto de generacion en generacion y allá en las célicas alturas les espera la recompensa de los mártires.

La pequeña península de Aden es una montaña cuyos picos mas altos se elevan á 1800 pies sobre el nivel del mar. Nada mas árido y estéril que esas escarpadas rocas en cuyas asperezas se abrigan las águilas voladoras. Yo las veia formar ondulaciones caprichosas en el espacio y lleno de

[1] Isla de Borneo.

entusiasmo recordaba estas bellas palabras de un poeta español:

“Sube, pájaro audaz, sube sediento
“A beber en el viento
“Del rojo sol la esplendorosa lumbre,
“Sube batiendo las sonantes alas
“De las etéreas salas
“A sorprender la luminosa cumbre.

“No te importe que el sol y el torbellino
“Crucen por tu camino;
“Sigue tu vuelo en temerario arrojo
“Que el huracan te riza mansamente,
“Y el sol resplandeciente,
“Como precisa luz vibra en tu ojo.

“Y sí por caso encuentras en el viento
“Mi lastimero acento,
“Sigue cruzando á las etéreas salas
“Que los roncós preludios de mi canto
“Son los ayes del llanto
“Que me arranca la envidia de tus álas.

En el declive del cráter de un antiguo volcan estinguido, está edificada la ciudad que como todas las ciudades orientales es de una irregularidad sin igual. Hay muchas casas de piedra; pero en jeneral son de paja, las calles son angostas y tortuosas, sucias y desagradables: de un lado y otro están pobladas de *Bazares* donde se encuentran toda clase de chucherias ordenadas de la manera mas ingeniosa segun su especie; sin embargo se vé mez-

clado lo nuevo con lo viejo, lo que forma un contraste curioso. ¿Qué puede imaginarse que roto ó entero no se halle en un *Bazar*? Los cafés y barberías abundan en Arabia, y como en ellos hay constantemente jente fumando y tomando café, hay siempre en las calles un olor á tabaco insoporable. En los alrededores de la ciudad, hay algunas casas en que á fuerza de constancia y de riego han conseguido hacer vivir algunas plantas; pero bajo ese sol abrasador crecen abatidas y llorosas esperando la muerte por momentos. Es imposible encontrar en el mundo nada mas pobre que esta inmensa roca que no produce nada absolutamente y donde hasta el agua es artículo escaso. Diariamente atraviesan las subterráneas puertas de la ciudad inmensas caravanas que vienen con drovisiones del interior de Arabia. La Africa les envia carneros en grandes cantidades, estos son generalmente pequeños y flacos, con el cuerpo blanco, la cabeza negra y la cola larga y chata. Tales son los recursos de estos infelices habitantes del desierto, cuya fisionomia pálida y quebrantada demuestra las privaciones á que están sujetos. Con costumbres estragadas y un temperamento ardiente y mal sano, su muerte es cuasi siempre prematura.

Algunos momentos mas, y Aden no será ya el motivo que ocupe mi atencion: iré á buscar nuevas impresiones en las costas de la Abisinia y de Nubia

Los ingleses al apoderarse de Aden compren-

dian su importancia, así es que tratan de conservar á toda costa una posesion que les hace dominar en aquellos mares, y al efecto han levantado nuevas fortificaciones y refaccionado las antiguas construidas por los turcos. Los puntos mas culminantes de la península están erizados de cañones, sobre todo, hácia la parte que mira al desierto que es el lado mas accesible y el único por donde hay la posibilidad de poder asaltar la ciudad que está perfectamente resguardada, porque hasta en los bordes del cráter del volcan en cuyas faldas está edificada hay tambien buenos cañones que dominan desde su altura, una gran estension del mar y del desierto. Hay en Aden dos rejimientos, uno de Europeos y otro de indíjenas y se cree es inespugnable.

Todos los paises tienen en las páginas de su historia algunos periodos de celebridad: Aden cuenta tambien en los anales de su existencia algunos años de grandeza. Su comercio con la India le hizo notable, pero ha perdido sus inmensas relaciones desde que fué saqueada en las guerras de los turcos con los portugueses. Cuando los ingleses se apoderaron de Aden, esta era la capital de un pequeño estado independiente, que mantenía frecuentes guerras con sus vecinos, lo que contribuyó á arruinar del todo su comercio. Existen aun como enseña de su antigua opulencia, una hilera de cisternas y un magnífico aqüeducto de graciosa arquitectura que conducia el agua á la ciudad.

Pero ya es tiempo de abandonar esta abatida señora del desierto, un cañonazo acaba de anunciar que el vapor está pronto á zarpar.

II.

Dejemos jirar tranquilamente por algunas horas las ruedas del vapor, y antes de que el sol alumbre un nuevo dia, veremos dibujarse confusamente en el horizonte las estremidades del Cabo [1] Bab-el-Mandeb; cuya configuracion peninsular le hace aparecer á la distancia como desprendido enteramente del continente africano. A corta distancia de allí se levanta modestamente la pequeña isla de Perim, tan desierta y sombría cual es monótono y unísono el choque de las aguas que bañan sus bordes. Situada entre el Africa y la Arabia feliz, ella forma hácia el Este de la Abisinia el estrecho de Bab-el-Mandeb, cuya anchura es de 1 $\frac{1}{2}$ millas. Allí empieza la interesante navegacion del Mar Rojo, donde al contemplar las altas montañas que le sirven de límites, el viajero siente una de esas profundas emociones precursoras siempre de impresiones gratas y agradables.

“The mountains look on Marathon

“And Marathon looks on the sea.”

El Génesis, esa inspiracion altísima del profeta hebreo, es la piedra fundamental sobre que reposa la tradicion histórica de la formacion del

mundo; pero nada se encuentra en él que nos permita formar juicio exacto sobre la formación de los mares Mediterráneos y de los lagos. Todo lo hizo la palabra del verbo. El Señor dijo: hágase: y del caos surgieron las maravillas de la creación. Pero la ciencia con los materialistas á la cabeza, todo pretende explicarlo. Cual piensa que las aguas del diluvio que inundaron los valles de las montañas, se mantienen aun en ellas; otros, han adherido á la teoría de Buffon que atribuye todo al efecto producido por la caída de inmensas masas de materia candente desprendida del sol en su choque con alguno de esos mundos de fuego, que jiran á su alrededor; y por fin otros creen que todo es debido á esa fuerza expansiva, cuyo foco principal de combustion es el núcleo de la tierra. La física en sus atrevidas investigaciones no ha hecho sino formar congeturas mas ó menos vagas, y aunque la ciencia ha sacado de ellas algun provecho, porque todas las ideas nuevas que germinan de las cabezas de los hombres pensadores son siempre de incontestable utilidad: sin embargo, una atmósfera oscura y tenebrosa les oculta hasta ahora el origen verdadero de ese y de mil otros fenómenos conocidos solamente del ser omnisciente principio y fin de todos ellos. Desde los tiempos mas remotos hasta los dias de Buffon, y desde Buffon hasta Humboldt, los filósofos y el viagero trabajau con ahinco y recomendable perseverancia por demostrar con verdad matemática las leyes físicas á que está sujeto cuanto existe, y aunque todos demues-

tran su teoria con mas ó menos erudicion, empero la cosmogonia de cada uno está tan llena de dudas cuanto son dificiles de resolver las cuestiones que abarcan. El sol, la luna y esos mil mundos de fuego, que pueblan la esfera celeste, nos alumbran desde el dia en que el supremo artífice les colocó en el espacio, el hombre y las demas criaturas, viven, nacen y mueren, las plantas crecen y desaparecen, las razas del septentrion ávidas de crimen y de sangre invaden á las del medio dia, los siglos las confunden y á fuerza de enlazarse las unas con las otras, pierden su tipo orijinal, degenerando en innumerables familias; todo nace del polvo, para sepultarse en él, y como el dia de la revelacion aun no ha llegado, la ignorancia de los secretos de la naturaleza es el primer atributo inherente al hombre—He ahí las primeras reflexiones que hacía el viagero al dilatar su mirada sobre las inmensas moles de piedra por entre las cuales corren impetuosamente las caudalosas aguas del *Mar Rojo*.

El vapor andaba diez millas por hora y la mayor parte de los pasajeros acostumbrados á la molicie de las costumbres orientales, estaban reclinados en frescas esteras ó en confortables sillas de bambú; unos leian y otros fumaban, unos referian los episodios mas notables de sus viajes ó describian las orijinalidades de los diferentes paises que habian visitado y otros con fisonomia fisgona y sonrisa afectada parecian dudar de cuanto escuchaban; el acento británico predominaba, sin em-

bargo, se oían palabras de la mayor parte de las lenguas mas usuales: algunos niños vestidos con toda la gracia y sencillez inglesa empinados sobre la borda observaban atentos y llenos de infantil animacion el movimiento de las ruedas del vapor y en esa blanquecina espuma que forma su continúa y acelerada rotacion ellos encontraban tanto atractivo como el viajero en el magnífico panorama que contemplaba.

El Sol estaba radiante y despejado y destellaba una luz rojiza y abrasadora: las crestas pedregosas de los gigantes que nos rodeaban, brillaban cual si estuvieran tachonadas de piedras preciosas y la repercusion dal astro resplandeciente sobre las límpidas aguas del mar formaba un espejo terso y cristalino. El calor era excesivo, y cuando alguna ligera brisa nos arrancaba la máscara de fuego que parece cubrir el rostro durante el dia en las zonas tórridas, todos los pasajeros exclamaban—¡oh, que placer! El cansancio se mitigaba y los mas hondos suspiros se escapaban del pecho.

Ya habiamos perdido de vista completamente el cabo Bab-el-Mandeb, las chimeneas seguian arrojando un humo espeso, las aguas se abrian para darnos paso, y tras nosotros solo quedaba un surco tortuoso y una columna de humo que se rarificaba gradualmente hasta disolverse por los aires; cuando empezamos á ver bosquejarse débilmente á la distancia los minaretes y elevadas mezquitas de la patria inmortal del café.

Cuando estuvimos casi enfrente, el comandante gritó *easy her* y simultáneamente con la última sílaba que pronunció, las ruedas moderaron su ímpetu; la válvula de escape dió entonces algunos silvidos agudísimos y todos los pasajeros se agruparon al costado del vapor que miraba hacia la parte de Arabia. Estabamos como á medio tiro de cañon de la costa, y la bonita ciudad de Moka se divisaba sobre una pequeña eminencia ostentando sus infinitas mezquitas y esa graciosa y coqueta arquitectura que caracteriza todas las obras orientales. Si el Al-Koran es orijinal en sus preceptos y fantástico en sus promesas, los monumentos erigidos en homenaje al Profeta, no son menos caprichosos en su estilo. Aunque algo lejos de tierra, distinguimos perfectamente las murallas que circundan la ciudad, muchísimos sepulcros de majestuosa arquitectura y el palacio del gobernador, hermoso edificio cuya fachada principal dá frente al mar: todo esto ofrecía, visto de abordo, un conjunto muy agradable. Cuando el comandante juzgó que habíamos disfrutado suficientemente de tan bonita vista, las ruedas volvieron á jirar con estrepitosa actividad.

Divisabamos aun como entre sombras las mezquitas y minaretes de Moka, cuando los últimos rayos de Febo se ocultaban allá en el lejano horizonte; un hemisferio despertaba y el otro iba á entregarse al reposo. Morfeo exhalaba sus primeros bostezos, cuyas vaporosas emanaciones, llenaban el espacio de densas tinieblas. Grande y

magnífico es el espectáculo que ofrece la caída del Sol; pero las escenas de la vida que se han repetido con frecuencia y que han de repetirse sin fin, tienen aunque interesen, una constante monotonía que disminuye su mérito. El hombre admira las grandes obras del Creador; pero la imaginación vagando siempre por las regiones del idealismo quiere siempre nuevos paisajes de colores distintos y variadas perspectivas.

Durmamos y dejemos andar el vapor, y al despertar no veremos ya mas las riberas de la Abisinia; sino las calcáreas montañas de Nubia, en cuyas faldas viven llenos de privaciones por la esterilidad del terreno, los Bycharyyn, los Badjah y los Hallengah, tribus de Arabia que vienen á buscar abrigo bajo el cielo Africano. Los picos mas elevados de la larga cordillera que corre paralela al golfo de Arabia, son el Elleh, el Salaka, el Diaab y el Langay. El corazon siente el mas intenso pesar, al pensar en la suerte de los desgraciados habitantes de esos lugares, que sin recursos para llenar las primeras necesidades y expuestos á las muchas pestes que devastan el pais, tienen que sufrir durante una gran parte del año la influencia asoladora del *Khamsyu* cuyos torbellinos vienen siempre acompañados de relámpagos y espantosas detonaciones.

Hácia la terminacion del quinto dia de navegacion descubrimos entre espesas nubes las elevadas cumbres del magestuoso Sinai cuya mayor altura es de 9680 pies sobre el nivel del mar; á me-

dida que nos aproximabamos, las nubes se iban despejando y gradualmente veiamos delinearse los picos mas conspicuos de ese testigo mudo de tantos y sorprendentes milagros; gigante de granito, en cuya cima se sentó el señor para promulgar el Decálogo al pueblo elejido.

“16. Y ya habia llegado el dia tercero y la mañana habia aclarado y hó aquí que comenaron á oirse truenos y relucir relámpagos, y á cubrir el monte una nube muy densa, y el sonido de la bocina resonaba con mas vehemencia; atemorizóse el pueblo que estaba en los cereales.

“17. Y habiéndolos sacado Moises del acampamento para salir á recibir á Dios se pararon á las raices del monte.

“18. Y todo el monte Sinai humeaba porque habia descendido el Señor sobre él como de un horno.

“19. Y el sonido de la bocina poco á poco crecia á mas, se estendia á mayor distancia: Moises hablaba y el señor le respondia.—

“El Exodo Capítulo XIX.”

Esas palabras santas vinieron á mí memoria, mi corazon se ensanchaba, elevándose hasta el mas sublime sentimiento religioso y poseido de las verdades evanjélicas hasta lo mas profundo de mi conciencia, cada una de esas masas inertes amontonadas unas sobre otras me parecia que repetian una á una las palabras del Señor; y en medio de mi entusiasmo, mil veces creí ver cruzar por el cielo el carro del omnipotente rodeado de una au-

reola de fuego resplandeciente y acompañado de infinitos ángeles y serafines, cuyas álas de oro y plata destellaban divinos resplandores, haciendo resonar por todo el ámbito de la tierra sus cánticos armoniosos y repitiendo ¡Hosana! ¡Hosana!

No hablaré del antiguo convento de Santa Catalina, cuya fundacion data del tiempo del emperador Justiniano, porque no se divisa del mar y mas que todo porque otros viajeros de mérito sobresaliente y conocido nombre, [1] han consagrado largas pájinas á ese solitario asilo, cuyos moradores en tiempos mas remotos supieron por su piadosa abnegacion, granjearse las simpatias de Mahoma, quien les dispensó muchas consideraciones y prerogativas de las cuales disfrutaban hasta hoy.

III.

El 4 de marzo á las ocho de la noche llegamos á Suez, pero como el desembarco es peligroso, no saltamos en tierra hasta el dia siguiente. Las embarcaciones del vapor nos condujeron hasta el costado de un pequeño muelle de madera, donde hallamos una multitud de árabes sentados por el suelo fumando en largas pipas. Todos los pasajeros pasamos por entre ellos, pero no hubo ninguno que fijase su mirada en nosotros: parecian estasiados con el murmullo de las aguas y embriagados con el esquisito *latakia* que ardia en sus pi-

[1] Alejandro Dumas. *Quinze jours au Sinaï*.

pas despidiendo caprichosas nubecillas nacaradas.

Luego que nos informamos de la hora en que debíamos proceder al Gran Cairo, tratamos de visitar un poco esa ciudad, edificada entre las arenas del desierto, y cuyos alrededores de una esterilidad sin igual presentan el cuadro mas afligente de soledad y melancolia. Suez, aunque tiene un mal puerto, debería ser por su situación geográfica, una de las ciudades principales del golfo de Arabia; pero la falta de recursos de sus habitantes, que tienen que ir á buscar hasta el agua, á una gran distancia, la mantiene en ese *statu quo* inalterable. Sin embargo bajo el punto de vista histórico, Suez llama muy particularmente la atención del viagero. Allí fué donde las aguas del mar Rojo, se dividieron para dar libre paso á los descendientes de Abraham y de Jacob, que huyendo de la esclavitud de Pharaon, iban á buscar abrigo en las ásperas escabrosidades del Sinai. Y allí fué tambien donde los hijos de Israel, dijeron á Moises al ver que los egipcios se acercaban sobremanera y estaban ya á punto de apoderarse de ellos:

“Quizá no habia sepulcros en Egipto y por
“eso nos ha traído á que muriésemos en el desier-
“to: ¿qué quisiste hacer con sacarnos de Egipto?
“12 ¿No es esta la palabra que te hablamos
“en Egipto, diciendo: Retírate de nosotros, para
“que sirvamos á los egipcios? puesto que nos era
“mucho mejor servir á ellos, que morir en el de-
“sierto.

“13 Y dijo Moises al pueblo: no querais te-
“mer: estad firmes y vereis las maravillas del Se-
“ñor, que ha de hacer hoy: pues los egipcios, que
“ahora veis, ya nunca jamas los volvereis á ver.

“14 El Señor peleará por vosotros y voso-
“tros callareis.

“15 Y dijo el Señor á Moisés: ¿Por qué cla-
“mas á mí? Dí á los hijos de Israel que marchen.

“16 Y tú alza tu vara y extiende tu mano
“sobre el mar, y divídele: para que caminen en se-
“co los hijos de Israel por medio del mar.

“17 Y yo endureceré el corazon de los egip-
“cios, para que vayan tras vosotros; y seré glori-
“ficado en Pharaon y en todo su ejército, y en las
“cabras y caballería de él.

“18 Y sabrán los egipcios que yo soy el
“Señor, cuando fuere glorificado en Pharaon, y en
“sus cabras y en su caballería.

“19 Y levantándose el Angel de Dios que
“iba delante del ejército de Israel, marchó detrás
“de ellos: y con él tambien la columna de nube,
“dejando la delantera.

“20 Se puso á la espalda entre el ejército de
“los egipcios, y el ejército de Israel: y la nube
“era tenebrosa y alumbraba la noche, de manera
“que no se pudieron acercar los unos á los otros en
“todo el tiempo de la noche.

“21 Y habiendo estendido Moisés la mano
“sobre el mar, lo retiró el Señor, soplando toda la
“noche un viento récio y abrasador y lo convirtió
“en seco: y el agua quedó dividida.

"22 Y entraron los hijos de Israel por medio del mar seco: porque el agua estaba como un muro á derecha é izquierda de ellos.

"23 Y siguiendo al alcance los egipcios, entraron tras ellos, y toda la caballería de Pharaon, sus carros y gente de acaballo, por medio del mar.

"24 Y era ya llegada la vigilia de la mañana, y hé aquí que asomándose el Señor sobre el ejército de los egipcios por entre la columna de fuego y de nube mató su ejército.

"25 Y trastornó las ruedas de los carros, y eran llevados á lo profundo. Y así dijeron los egipcios: Huyamos de Israel, porque el Señor pelea por ellos contra nosotros.

"26 Y dijo el Señor á Moisés: Estiende tus manos sobre el mar para que se vuelvan las aguas á los egipcios, sobre sus carros y la caballería de ellos.

"27 Y habiendo estendido Moisés la mano contra el mar, volvió este al rayar el alba al lugar primero: y huyendo los egipcios, les salieron al encuentro las aguas, y los envolvió el Señor en medio de las olas.

"28 Y se volvieron las aguas y cubrieron los carros y la caballería de todo el ejército de Pharaon, que habian entrado en la mar en su seguimiento: y ni uno solo quedó de ellos.

"29 Mas los hijos de Israel pasaron por medio del mar seco, y las aguas eran para ellos como un muro á la derecha y á la izquierda.

“80 Y el Señor libró aquel día á Israel de
“manos de los Egipcios.

“31 Y vieron á los egipcios muertos á la ori-
“lla del mar y la mano grande que el Señor ha-
“bia egercitado contra ellos; y el pueblo temió al
“Señor, y creyeron al Señor, y á Moises su siervo.
“El Exodo Cap. XIV.

Yo no encuentro palabras con que expresar
cuanto entusiasmo y satisfaccion me animaban al
contemplar esas mismas aguas que ha 19 siglos
obedecieron á la voz del Señor.

Todos los pasajeros andábamos entretenidos
visitando las tortuosas y pestíferas calles de la
ciudad cuando oimos la segunda campanada que
anunció la partida de las diligencias y caravana
que conduce el equipage al Cairo, así fué que solo
nos detuvimos algunos instantos frente á la casa
donde habitó Napoleon, cerca de la cual nos ha-
llábamos á la sazón. Llegamos á la plazoleta don-
de nos esperaban los carruajes, cuando sonaba la
última campanada. Una porcion de gente, divi-
dida en pequeños grupos, nos observaba de hito,
en hito, acompañando sus miradas de águila, de
esa indiferencia hija del desprecio que le inspira
al mahometano todo aquello que no es musulman.

Apenas nos habíamos instalado en nuestros
respectivos asientos, cuando los seis fogosos ca-
ballos que conducian nuestro coche, echaron á an-
dar á todo escape. Tres minutos despues estába-
mos fuera de las puertas de la ciudad, y tras no-
sotrós solo quedaban dos huellas profundamente

